

EN UN
MUNDO
SONORO

ENTREVISTAS CON
DEBUSSY

Victor Segalen

EN UN
MUNDO
SONORO

Traducción de
Regina López Muñoz

ENTREVISTAS CON
DEBUSSY

Traducción de
Pablo Moíño Sánchez



Ediciones La uña RoTa
Colección Libros del Apuntador

Dans un monde sonore / Entretiens avec Debussy

Primera edición: febrero de 2018

© 2018, Regina López Muñoz por la traducción de
En un mundo sonoro

© 2018, Pablo Moíño Sánchez por la traducción de
Entrevistas con Debussy

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo
propuesto por ACE Traductores.

© 2018, Èlia Llach por la ilustración de la cubierta

Diseño y maquetación: Arcadio Mardomingo

© 2018, de la presente edición en castellano:

Ediciones La uña RoTa, S. L.

Apartado de correos 380

40080 Segovia

Correo electrónico: ediciones@larota.es

www.larota.es

ISBN: 978-84-95291-56-1

Depósito legal: SG 48-2018

IBIC: FC y BJ

Impresión: Villena Artes Gráficas

Printed in Spain – Impreso en España

ÍNDICE

NOTA DE LOS EDITORES

9

EN UN MUNDO SONORO

15

ENTREVISTAS CON DEBUSSY

51



G. D. de Monfreid, *Victor Segalen*, 1909 (detalle).
© Colección particular.

NOTA DE LOS EDITORES

Dans un monde sonore se publicó el 15 de agosto de 1907 en el número 244 de la revista *Le Mercure de France* bajo el pseudónimo Max-Anély. Once días después, el 26 de agosto, Debussy escribe una carta a Victor Segalen:

En un mundo sonoro es una cosa estupenda, en un campo absolutamente inexplorado [...]. ¿A usted no le parece que habría que hacer algo digno de admiración con el mito de Orfeo?

Segalen y Debussy se llevaban dieciséis años. Debussy era ya, en esa fecha, un compositor célebre en toda Europa. En cambio, Segalen, médico, arqueólogo y viajero, era un desconocido. Por entonces apenas había publicado, además de *En un mundo sonoro*, dos ensayos, uno sobre Gauguin (1904) y otro sobre Rimbaud (1906), en la revista *Le Mercure de France*.

Nacido en Brest (aunque bordelés de adopción), hijo de profesores, Segalen desea escribir y viajar, pero se niega a desempeñar el «grotesco papelón de literato» (que diría Sánchez Ferlosio). Cuando termina sus estudios de Medicina en la Escuela Naval, aprovecha su puesto de médico en la marina francesa para viajar a la otra punta del planeta; y así interrogarse sobre lo diverso y oponerse firmemente a lo turístico y a la política de las potencias occidentales de colonizar todo lo que suene a exótico.

En 1903, embarca en el puerto de Le Havre con destino a Tahití. Hace escala en Nueva York –allí escribe su primer poema– y atraviesa los Estados Unidos, pero una fiebre tifoidea –que estuvo a punto de acabar con su vida– lo obliga a detenerse un tiempo en San Francisco, gracias a lo cual, una vez recuperado, descubre fascinado el barrio chino de esta ciudad. No en vano, un lustro después, China ocupará un espacio determinante en su vida y en su obra, tan íntimamente relacionadas, pues, como señala Julián Mateo Ballorca en su magnífico prólogo a *La vida cóncava* (Cuatro Ediciones, 2004), «la imaginación de Segalen no es libresca, el estímulo que le lleva a la escritura viene de lo real». En Tahití vive casi dos años, desde enero de 1903 a septiembre de 1904. Allí ha de atender a las víctimas de un ciclón reciente, pero también se emplea en estudiar la cultura maorí y en buscar a un pintor entonces apenas conocido, Gauguin; pero llega tarde, pues había fallecido dos meses antes en su casa de las islas Marquesas. A Gauguin dedicará varios estudios y proyectos de novelas, entre ellos «El maestro de gozar», que había pensado como una continuación de *Los inmemoriales*, una novela-ensayo sobre los maoríes que publicó en septiembre de 1907 (que se editará próximamente en esta misma editorial).

Es probable que Gauguin fuera, junto a Huysmans y Debussy, uno de los artistas contemporáneos

que más influyó en Segalen: «Se interesó tanto por la vida de su compatriota –cuenta Santiago Gamboa en *Otoño en Pekín*– que recogió numerosos testimonios, compró siete óleos en una subasta, [...] varias esculturas, diarios de trabajo y hasta la paleta de colores de Gauguin», además de las maderas que adornaban la entrada de su casa. En 1905 regresó a Francia, tras una larga travesía que le llevó a Ceilán, Yibuti y El Cairo. En el Cuerno de África se entrevistó con varias personas que había tratado con el Rimbaud explorador y traficante.

Y hasta aquí este apunte sobre la vida de Segalen en relación con el contenido de este libro. Porque, en 1905, cuando ha regresado a su ciudad natal, tiene 27 años, lleva consigo el manuscrito de *Los inmemoriales*, y el borrador de su primer drama lírico, *Siddhartha*, sobre la vida de Buda, que había escrito en noviembre de 1904 durante una larga escala en Colombo (en la actual Sri Lanka). Y *Siddhartha* es el texto que, una vez instalado en Brest, decide enviar a Debussy como posible libreto para un proyecto de ópera.

La carta del 26 de agosto de ese mismo año, que introduce la presente nota, no sólo es reseñable por la propuesta sobre Orfeo que Debussy le brinda a Segalen después de leer *En un mundo sonoro*, sino también porque, unas líneas más arriba, le comunica que ha decidido rehusar *Siddhartha*:

¡Es un prodigioso sueño! ¡Sólo que, en su forma actual, no conozco música capaz de penetrar en ese abismo! [...] Dese cuenta: no pretendo decirle que sea imposible, sencillamente... me da miedo.

La decepción de Segalen nada más leer la carta, según su hija, fue notable: «Segalen recibe su carta la mañana del 29 de agosto, al principio se siente profundamente desilusionado, pero enseguida reacciona: dos horas más tarde está leyendo a su mujer un breve esbozo de “Orfeo triunfante”, primer título de *Orfeo rey*».

No es extraño que Debussy —quien en 1905 había manifestado que «muy pocos músicos se sienten satisfechos con la sola belleza del sonido»— se sintiera atraído por la enigmática *nouvelle* de Segalen: en ella, un físico retirado desea vivir en un mundo únicamente sonoro. Para ello, ha transformado una habitación en una caja de resonancia, de tal modo que adentro pueda oírse cualquier sonido, sea cual fuere su intensidad. Así, Debussy ideó un Orfeo que «incluso debería cantar sin palabras durante todo el drama».

Segalen y Debussy se reunieron en varias ocasiones para trabajar codo con codo en el manuscrito de *Orfeo rey*. Pero varias circunstancias, como el estallido de la Primera Guerra Mundial, los sucesivos viajes de Segalen a partir de 1909 a China (desde donde le escribe una célebre carta a Debussy, aquí incluida) y, sobre todo, los múltiples proyectos en los que estaba ocu-

pado un Debussy ya enfermo (en 1916, dos años antes de morir, confesó que la música de Orfeo la oía «cada vez menos»), malograron finalmente el proyecto, si bien el libreto se publicó póstumamente, en 1921.

Al menos, como buen arqueólogo, Segalen se cuidó de anotar escrupulosamente la conversación después de cada uno de sus encuentros. Por fortuna, estas «entrevistas» nos permiten «escuchar» hoy las ideas que ambos creadores intercambiaron sobre música, el mito de Orfeo, poesía, ritmo, sonido, estética...

En conjunto, pues, presentamos un material hasta ahora inédito en castellano, que deseamos sea un pretexto más para acercarse a la obra de uno de los escritores más asombrosos y secretos del siglo xx.

Segovia, 11 de febrero de 2018

EN UN MUNDO SONORO

Traducción de

Regina López Muñoz

Ignoro cómo surgió la idea de retomar el contacto. Le había perdido la pista desde que ambos nos fuimos de Burdeos; y mi viaje a Malasia se encargó de extinguir una intimidad ya muy moribunda. Las opiniones cargadas de reticencias que sus colegas del laboratorio de física y los dos bedeles de la facultad prodigaban en torno a su persona me hacían dudar. En resumidas cuentas, vivía de unas magras rentas en una villa sin vecinos, tostándose entre un puñado de vides en plena zona de Benauges; y de allí no salía. En cuanto a su esposa, se contaba que su abnegación era absoluta. La compadecían un poco por tomar parte en aquel aislamiento sin propósito. La gente hablaba; la gente callaba. Todo esto me resultó tremendamente estimulante desde el momento mismo en que volví, y en un abrir y cerrar de ojos sentí resucitar las simpatías hacia mi viejo colega. Tanto más cuanto que imaginaba el efecto que una reclusión calurosa podía haber ejercido en Mathilde, de cuyas pasionales aptitudes estaba yo informado. Sin embargo, nunca fue mi amante.

A decir verdad, el asunto podía parecerle evidente a todo el mundo, y sin más vuelta de hoja, pues su marido no disimulaba el afecto que me reservaba. Pero nunca llegamos a encontrar la ocasión, el momento, la excusa. De ahí que me presentara en su casa libre de remordimientos insignificantes con respecto al pasado, pero resuelto a proveerme en abundancia para lo sucesivo.

No me conmovió volver a verla. Por su parte no se produjo esa exclamación sorda de los reencuentros trágicos, ni hubo silencios profundos. A mi saludo contestó con un «me alegro mucho de verlo», demasiado franco para no ocultar algún juegucito, que me abochornó. Yo dije un poco a la buena ventura:

—¿Cómo está André?

—Mal. Muy mal.

Guardó silencio. Su semblante era serio y sincero. Yo me estremecí. Lo serio me da miedo y temo lo sincero, sobre todo cuando por prudencia he destinado una buena parte de mi vida a no ser sino reflejos, labios serenos, roces y destellos breves. La examiné.

—Mal —repitió, y aguardó.

Comprendí que esperaba una incitación a la confianza, y entré casi por iniciativa propia en un saloncito demasiado bajo, demasiado claro y demasiado luminoso para las confesiones que estaban por venir.

—¿Está indispuerto? —aventuré—. ¿Agotado por el tra-

bajo y las clases en la facultad de Ciencias? Con lo fuerte que lo dejé, en tan buena forma...

—¿Fuerte? Sigue robusto, come que de maravilla. Pero lo noto muy, muy apagado.

—¿Tiene tos? ¿Padece del corazón?

Planteaba preguntas sin más propósito que el de decir algo cada vez que correspondía, como es costumbre durante las confesiones incómodas; al mismo tiempo, constataba con mayor soltura que la bella Mathilde de otros tiempos no desmerecía en el encanto de su porte, y que dos años de vida sana no la habían afeado ni un ápice. El júbilo que me sobrevino me hizo olvidar por espacio de un instante todo lo demás. ¿Lo demás? Todavía no sabía nada.

—Antes de nada —continuaba Mathilde—, prométame que no dirá ni una palabra...

Se lo prometí. Siempre se promete. Raro es que un amigo, solicitado con todo el misterio, y al que por tanto se atribuye una sólida discreción, tenga el primer impulso de negarse. Se trata de un preámbulo agradable, íntimo, de confianza, que enmascara dulcemente las traiciones seguras... Se lo prometí.

—Es usted el único con quien puedo resignarme a hablar en estos términos. En nuestro entorno nadie sospecha nada. Para empezar, porque no nos relacionamos con nadie. Los amigos de antaño se han olvidado de nosotros. Los indiferentes que nos recuerdan lo creen

enfascado en sus investigaciones. Y yo no los saco de su error.

Reiteré mi promesa de silencio con el fin de acelerar la confesión. Incluso añadí:

–Tenga la certeza, amiga mía: estoy a su disposición para lo que se le ofrezca...

–No se me ofrece nada. Está loco.

Pronunció estas palabras con suma parsimonia. A mí me conmovió más que una respuesta con grandes alharacas, sollozos y lágrimas. Al mismo tiempo, imaginé detrás de Mathilde el rostro desquiciado de un hombre furioso agarrado a unos barrotes de hierro a los que clavaba los dientes torciendo el cuello. ¡Un loco! Jamás he sabido representármelos de otro modo.

Como si Mathilde adivinara:

–Pero no un loco peligroso... Por lo demás, ahora lo verá. No se extrañe de nada.

Y se adelantó.

Remontábamos unas escaleras completamente revestidas por una alfombra esponjosa en la que se hundía el pie: una precaución contra «sus» caídas, naturalmente. Entretanto, deliberaba cuál sería mi actitud. ¿Cómo trata uno a un loco? ¿Manteniéndose impenetrable y digno, para imponer? ¿O mejor con jovialidad, con juvenil desenfadado? No me había decidido del todo cuando Mathilde abrió una puerta: un sonido continuo, apacible y trans-

parente se vertió en mis oídos. El desenfado se esfumó, y como es lógico estreché con ostensible estupefacción la mano que me tendía él con toda la sencillez del mundo.

—¿Ves? El señor Leurais no se olvida de sus viejos amigos —bromeó Mathilde, seguramente para restar importancia a lo inesperado de mi llegada.

—Tendrán que perdonarme tantos años de distanciamiento, ya ni sé cuántos... —añadí yo, y me disponía a refugiarme en una enrevesada y deliberada excusa cuando el propio sonido de mi voz me interrumpió.

¿Era efecto de la particular resonancia de aquella cámara, muy grande, muy vacía al mismo tiempo y plagada de objetos dispares, o bien de mi turbación?... Me oía hablar como a través de una orquesta que entraba en armonía con cada una de mis sílabas; y mi sorpresa procedía del deslumbramiento. Poca luz, a pesar de esto. André me envolvía la mano con gesto feliz:

—¡Mi buen Leurais no ha cambiado, no ha cambiado nada!

Lo decía al tiempo que giraba la cabeza, y me extrañó que su voz transmitiera tanta simpatía cuando mantenía la mirada perdida e indiferente.

—¿Qué es de ti, qué has hecho en todo este tiempo?

Automáticamente nos habíamos sentado los tres. Yo aproveché para narrar con todo lujo de detalles mi viaje y la misión etnográfica a la que, por interés personal, había acompañado hasta la isla Murray, en pleno estre-

cho de Torres. Durante ocho meses nos dedicamos a medir los datos sensoriales de los papúes.

Tantas veces había repetido mi relato, con todas las variantes posibles y, de tanto en tanto, sus conmovedores contratiempos –dirigido a bellas y muy diversas oyentes–, que la historia se devanaba sola y me daba libertad para examinar cuanto había a mi alrededor. La resonancia de mis palabras me sorprendía menos. Incluso hallaba cierto placer, el mismo que puede uno experimentar –yo lo he vivido– al cantar en un tren en marcha con el fin de sentir la voz reforzarse y preñarse de un tronido de órgano continuo... Mi amigo me dejaba hablar sin impacientarse, sin indicio alguno de agitación. Puede que hubiera envejecido. Me lo afirmaba a mí mismo a la luz de mis antiguos recuerdos; pero no habría sido capaz de ser más específico. Además, lo veía mal, de perfil en todo momento –sentado a su mesa– y parcialmente tapado por un revoltillo de instrumentos.

Llegaba, en mi digresión, a conclusiones novedosas, si no recuerdo mal: que los sentidos de los pueblos no civilizados no difieren en intensidad real de los sentidos de las razas desarrolladas; que el salvaje no debe su mirada penetrante sino a una interpretación más hábil de los objetos conocidos que lo rodean, y sobre todo a un conocimiento práctico de los accidentes distantes: arrecifes, maleza en la montaña... cuando mi amigo pareció impacientarse.

Interrogué enseguida a su mujer de un vistazo: era evidente que mis palabras la inquietaban también a ella, por André, sin duda. Había dicho una inconveniencia. ¿Cómo proseguir? Pues ignoraba aún bajo qué clase de manía –bajo qué etiqueta– podía clasificarse a mi amigo. No tenemos derecho a estar locos a nuestra manera, y hasta en los retozos de una conciencia supuestamente desguarnecida de los aparatos ortopédicos de la razón, de los tirantes y los cinturones del buen juicio, debe observarse la regla y hay que atenerse a las tipologías reconocidas. De lo contrario, de loco pasa uno a ser simulador. Ahora bien, André no fingía, de eso estaba seguro; a un alienista se le puede burlar, pero a una esposa no se la engaña. Y Mathilde, evidentemente, sabía a qué atenerse en este sentido. Todo esto, mezclado con su doble malestar, me convenció de haber incurrido en una grave metedura de pata. Él me sacó del aprieto:

–Te quedas a cenar, ¿verdad?

Y acto seguido, su mujer, acentuando la interrupción, se explicó acerca de las muchas facilidades que me ofrecía el nuevo horario de trenes suburbanos para volver de noche a Burdeos. Acepté. Mathilde nos dejó a solas.

Mi amigo sonrió con melancolía y me señaló con gesto resignado la puerta que la mujer cerraba sin ruido alguno.

–¿No te has dado cuenta de nada?

ENTREVISTAS CON DEBUSSY

Traducción de

Pablo Moíño Sánchez

Je me suis ensuite pré-
senté tout seul à Debun,
que j'ai trouvé après ardu-
ment 3 étapes, & 3 anciens
domiciles, de plus connus
en plus connus. Le dernier est
un joli hôtel, avenue du
Bois - Debun, a été mieux
qu'aimable, & j'ai bon
angine du & rendez-vous qu'
il m'accorde Vendredi à 11^h
pour ^{lui} exposer mon sujet. D'ail-
leurs, n'est-il dit, je ne lui
étais pas inconnu - Par la
merveille, sans doute. ~~En~~ En-
core un fort bon espoir pour
Vendredi.

Carta manuscrita de Victor Segalen a Yvonne Segalen,
25 de abril de 1907.

NOTA

Victor Segalen acostumbraba a escribir un diario; de hecho, varios de sus libros póstumos son precisamente cuadernos de viaje (véanse *Diario de las islas* y *Viaje al país de lo real*, ambos en José J. Olañeta Editor; y *Ensayo sobre el exotismo*, publicado por La Línea del Horizonte). Así, al cabo de cada uno de sus encuentros con Debussy, se apresuraba a fechar y registrar fielmente —a modo de entrevista— lo que habían hablado. Hemos seleccionado además algunas cartas, pero sólo cuando su contenido remite a dichos encuentros o bien al proceso de creación de *Orfeo rey*, el proyecto conjunto que nació a partir de *En un mundo sonoro*. Completa las «entrevistas» una carta —la más importante, según su hija Annie Joly-Segalen, de todas las que le escribió el escritor a Debussy— enviada desde Pekín en 1910, un año y medio después de que tuviera lugar la última «entrevista».

Acordamos con el traductor, Pablo Moíño, prescindir de las notas, para evitar interrupciones innecesarias, y conservar el tono espontáneo y sinóptico de los apuntes, así como algunos de los rasgos estilísticos y tipográficos conforme se reproducen en *Segalen et Debussy*, volumen publicado en 1961 por Éditions du Rocher, con edición y sendos prólogos de Annie Joly-Segalen y André Schaeffner, que ha servido de base para la presente selección.

V.S.: Victor Segalen
C.D.: Claude Debussy

París, 25 de abril de 1906 (carta de V. S. a su mujer)

Me presenté yo solo ante Debussy, a quien encontré después de tres pasos solamente, sus tres antiguos domicilios, cada cual más lujoso que el anterior. El último es un bonito hotel en la avenida del Bosque. Debussy ha sido más que amable y tengo buenos presagios sobre la cita que me ha dado el viernes a las once para que le exponga mi cuestión. Por lo demás, me dijo, yo no le era desconocido. Probablemente por el *Mercure*. Una vez más, grandes esperanzas para el viernes. Aquí va el perfil del cráneo debussiano:



Antes de nada, Debussy me dijo que en este momento trabajaba en una obra; que era lento trabajando y que definitivamente no podía fijarme una fecha. Yo le respondí exactamente lo mismo. Algo que no parece haberle disgustado...

Esta noche, *Freischütz*.

Entrevista C. D. – V. S.

11 de septiembre de 1906

Pregunta inesperada y muy hermosa:

D.– ¿Por qué no dejar tal cual su manuscrito? El budismo enseña la vanidad y la inutilidad de todas las cosas (?)

S.– Muy bonita pregunta. Pero, en primer lugar, el propio maestro no fue lógico al predicar a los hombres el Camino del Medio, aplazando así su entrada en el Nirvana.

Y además, mi mentalidad europea no lo permitía –

D., reflexionando– Hay momentos en que uno se convence de que toda obra es inútil.

S.– Sí, pero uno lucha contra esos momentos.

D.– El peligro de la metafísica en el arte. Wagner cayó en ella, como un histrión. *La Tetralogía* es una obra fallida; el *Ocaso* es la pieza de un artista aplastado por su obra.

– Distinguir la obra realizada, única entidad válida, y los materiales, o el punto de partida.

– Debussy insiste en la *claridad* que ha de poseer toda obra hermosa. No ha de ser «difícil» de entender.

Otros malartistas: Vincent d'Indy, repleto, como

Wagner, de filosofía. Rodin, que a veces hace obras «idiotas», pero se sirve de medios admirables.

– Necesidad de concebir la obra de arte independiente y autosuficiente en sí misma. El arte es un ocultismo ¿«de dónde viene»?...

Necesidad de una colaboración hablada. Cartas estériles.

C. D. a V. S.

Pourville, 26 de agosto de 1907

Mi querido amigo:

En primer lugar, gracias por el envío de *Siddhartha*, ahora ya puedo tener una impresión casi total...

¡Es un prodigioso sueño! ¡Sólo que, en su forma actual, no conozco música capaz de penetrar en ese abismo! Apenas podría servir sino para subrayar ciertos gestos o precisar ciertos paisajes. En suma, una ilustración, mucho más que una unión perfecta con el texto y la sobrecogedora inmovilidad del personaje principal.

Dese cuenta: no pretendo decirle que sea imposible, sencillamente... me da miedo.

Si le pidiera que llevase su sueño a unas dimensiones más normales, me daría la sensación de estar destruyendo torpemente el esfuerzo de una parte de su vida. Y eso es miserable.

¿Tendré, cuando menos, la disculpa de anhelar sinceramente algo suyo en que apoyarme, sin temor a perjudicarlo?

Puede entender fácilmente que no hago objeciones sino a mi pesar y con el pensamiento secreto –casi infantil– de que todo se arreglará como en los cuentos de hadas. – Era, por lo demás, en muchos casos,

un modo de acabar mucho más elegante que la forma abrupta de los adultos sensatos.

En un mundo sonoro es una cosa estupenda, en un campo absolutamente inexplorado... Sería deseable que la gente quisiera entender bien lo que ha querido usted decir. Es bastante dudoso... porque nunca admiten que la mayoría de ellos ni oyen ni ven.

¿A usted no le parece que habría que hacer algo digno de admiración con el mito de Orfeo?

El de Gluck sólo representa el lado anecdótico y sensiblero del mito, dejando de lado todo aquello por lo que Orfeo fue el primero y el más sublime de los incomprendidos.

Estas reflexiones se me ocurrieron durante la lectura de *En un mundo sonoro*, donde, por el modo en que se sirve usted de Orfeo, queda claro que conoce bien el mito.

A propósito del señor Riemann, ¿no le parece alguien capaz de reducir la belleza de una puesta de sol a un elemento mecánico?

No le he pedido que venga aquí porque, dejando aparte el mar, es un sitio odioso donde la gente es un poco más ridícula que en otros lugares. Marcharme de aquí lo antes posible es mi más claro deseo.

En cuanto regrese a París, lo avisaré y le pediré que se acerque, si le viene bien.

Su amigo,

Claude Debussy